

—Estrudeluz—
UN MITO CON FIN



Episodio I
El mensajero del siglo XXI

H. A. G. Tiburcio



HAKTOR



ARTEMIS



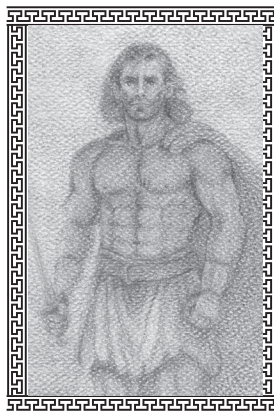
ESTRUDELUZ



LUMINAI



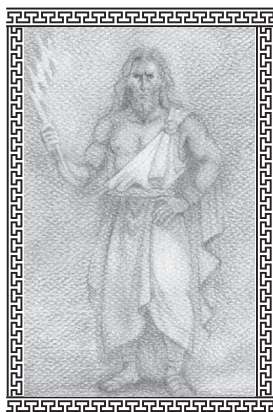
LUKAT



HERCULES



HERA

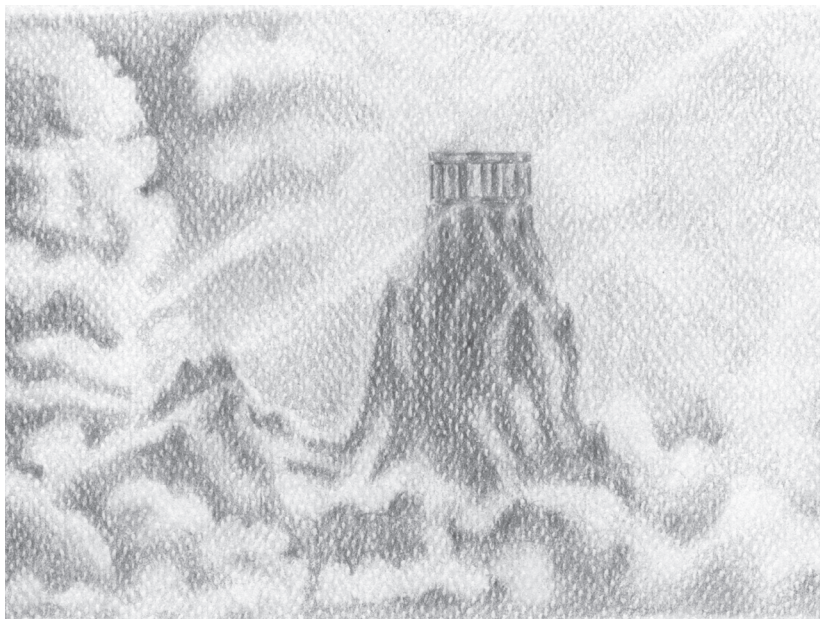


ZEUS



TIERRAS DEL OLIMPO

EL OLIMPO



ENCUENTRO CON PEGAZO



I.

INICIO DE LA HISTORIA: CRECIENDO EN EL OLIMPO



En algún lugar del mundo, en el año 3033 a. C., el amanecer se abría paso entre los cielos tras 33 lunas de oscuridad. Por entonces, el tiempo obedecía a los ciclos de la naturaleza: el día y la noche, el sol y la luna, el viento, el calor, el frío y las estrellas guiaban la vida de los humanos, marcando sus actividades y los momentos sagrados. Sin embargo, en aquella era remota, todo parecía suspendido en el vacío, como si el mundo y la existencia hubieran perdido su sentido y el caos lo envolviera todo.

Pasaron milenios. El lenguaje se transformó, las ciudades crecieron, y los calendarios dejaron de mirar al cielo. Y sin embargo, en otro rincón del mundo —lejano, aunque no del todo ajeno— algo volvía a agitarse bajo la misma luz.

En un paraje ignoto, ya en el siglo XXI, año 2033, se divisaba a lo lejos a un joven que descendía por un sendero montañoso. Desde la distancia, parecía un viajero extraviado tras una larga caminata; avanzaba despacio, tal vez tras horas, o incluso días, sumido en la penumbra. Su andar revelaba cansancio y hambre.

Era un joven de tez apiñonada y mejillas sonrojadas, quizá por la prolongada exposición al sol. Vestía jeans, una camiseta y zapatillas deportivas. Su cabello castaño brillaba con destellos bajo la luz del día.

El joven tomó su celular, se detuvo y tecleó: «Mamá, papá, estoy bien, pero no sé dónde estoy. Les mando mi ubicación. No tengo señal por el momento, espero tener pronto».

Envío el mensaje a sus padres y a su grupo de amigos, sin imaginar que este tardaría once horas en llegar. Continuó su camino hasta que, a lo lejos, divisó un árbol de gran tamaño y de aspecto inusual. Siguió avanzando hasta llegar a él, sin imaginar lo que le esperaba.

Su nombre era Haktor. Era hijo de extranjeros que habían emigrado del Mediterráneo a ese país. Tenía catorce años y un pequeño lunar junto a la boca. Su complexión era delgada pero fuerte. Tenía ojos claros, cejas tupidas y facciones bien definidas, lo que le daba un atractivo particular.

Haktor era el mayor de su casa y reconocido entre sus amigos y compañeros de escuela por su personalidad de líder. Inteligente y creativo, destacaba en las clases, participaba en actividades escolares y era amante de la música. Disfrutaba tocar la armónica, al igual que su padre. Era un soñador apasionado por la historia y la geografía; le fascinaba explorar el Universo y la Tierra con aplicaciones tecnológicas en su tableta y *laptop*. Con el telescopio que su abuelo le había regalado, pasaba horas observando el cielo nocturno.

Haktor era noble y generoso de corazón. Amaba a los animales, especialmente a los perros, y no podía ignorar a uno abandonado o herido. Siempre encontraba algo que hacer por ellos: alimentarlos, cuidarlos o buscarles un hogar. Su empatía no tenía límites, y dedicaba su tiempo a asegurarse de que cada criatura encontrara la ayuda que necesitaba.

Era un buen amigo: leal y confiado. Creía firmemente en la bondad de las personas, aunque su exceso de confianza a veces lo llevaba a cometer errores. Poseía una gran capacidad para descifrar problemas. En su familia, tenía dos hermanos menores: Marcel, de once años, y Eugeni, de nueve.

Sus mejores amigos no eran solo compañeros, sino su segunda familia. Eran 7 en total. Hijos de inmigrantes de distintas partes del mundo, con culturas, lenguas y costumbres diversas, pero unidos por los mismos intereses y sueños. Juntos habían creado un refugio único: una cabaña en lo alto de un árbol, a la que llamaban «Shangri-La».

La habían construido el verano anterior en un rincón del bosque, con esfuerzo y dedicación. No era una simple cabaña, sino un espacio mágico y funcional: con paneles solares estratégicamente ubicados, lograron generar la energía suficiente para alimentar sus dispositivos. Dentro, tenían una mesa grande donde investigaban y debatían sobre diversos temas, un área de proyección para documentales y películas, y hasta una mesa de ping-pong para el entretenimiento.

El espacio estaba decorado con esmero: pufs cómodos para sentarse a charlar, un pizarrón donde trazaban proyectos y sueños, y una an-

tena de radio de onda corta que usaban para comunicarse con radioaficionados de distintos países. El abuelo de Haktor les había regalado una vieja radio, y con ella habían hecho amigos lejanos que compartían sus mismas pasiones. Para ellos, Shangri-La no era solo una cabaña en el bosque, sino un mundo privado donde su creatividad no tenía límites. Cada tarde se reunían allí para soñar y construir juntos.

Habían formado un club llamado Los Guardianes del Mundo, nombre que también usaban en su grupo de chat. La pasión por el conocimiento los unía. Pasaban horas viendo documentales en sus *laptops*; exploraban temas como civilizaciones antiguas, historia, geografía, fauna y los misterios del Universo. También disfrutaban de películas de aventura y ciencia ficción, que alimentaban su imaginación y sus conversaciones.

Eran ávidos lectores de mitología; analizaban sus mensajes y reflexionaban sobre ellos. Sin embargo, lo que más les preocupaba eran los problemas ambientales. Soñaban con encontrar soluciones y hacer la diferencia en el mundo.

Haktor, en particular, aspiraba a ser un académico y dar conferencias, inspirando a niños y jóvenes a cuidar la Tierra. «Es lo que haría cualquier joven soñador que ama su planeta», solía decir con entusiasmo.

Los fines de semana, los miembros del club y sus familias organizaban excursiones al Bosque para practicar turismo micológico, actividad que los conectaba con la naturaleza y les enseñaba sobre el mundo de los hongos. Recolectaban setas de diversas especies, diferenciando cuidadosamente las comestibles de las tóxicas. De regreso a casa, sus madres preparaban deliciosas recetas con los hongos recolectados, acompañadas de hamburguesas y *hot dogs*, y bebidas de kombucha casera, fermentada con té y frutas.

Estas excursiones no eran solo un pasatiempo, sino un ritual familiar que fortalecía los lazos de amistad y reafirmaba la importancia de trabajar juntos para proteger y disfrutar de la naturaleza.



El despertador sonó como cada mañana, con ese pitido estridente que parecía burlarse de su sueño. Haktor se incorporó con desgano, arras-

trando los pies. Desde hacía meses, aquella sensación se repetía: el peso en el pecho, la ausencia de Goza, el vacío que ni siquiera el tiempo lograba llenar.

Goza no había sido solo una perra; era su compañera, su amiga más leal. Desde los nueve años, aquella *springer spaniel*, de orejas suaves y ojos llenos de sabiduría, lo había acompañado en cada paso. Aunque ya habían pasado meses desde su partida, Haktor aún esperaba escuchar el sonido de sus patas cruzando el pasillo o sentir su hocico empujándolo para salir a caminar.

Aquella tarde, como tantas otras desde su pérdida, se dirigió al bosque. Necesitaba el consuelo de los árboles, el susurro del viento, esa conexión con la naturaleza que siempre lo acercaba a Goza. Mientras caminaba, giraba entre sus dedos un llavero en forma de huella, un gesto automático que lo acompañaba desde que ella partió.

Pero esa tarde, algo distinto lo esperaba.

El bosque se percibía como siempre: con el murmullo de las hojas y el aroma fresco de la tierra húmeda. Sin embargo, un detalle llamó su atención.

Un árbol enorme, que había visto infinidad de veces, parecía diferente. Sus hojas, aún verdes a pesar del otoño, reflejaban una luz tenue, como si el sol las acariciara de manera especial. Haktor se detuvo, hipnotizado. Sintió una calma extraña, una paz que no lograba explicar.

Se acercó. En la base del árbol, algo le hizo contener el aliento: un collar de cuero marrón. Su corazón latió con fuerza al reconocerlo.

Era el collar de Goza. Lo había perdido hacía años en uno de sus paseos y nunca lo encontraron. Al tocarlo, una calidez inesperada le recorrió la mano, como si el objeto guardara algo más que recuerdos. Miró alrededor, buscando una explicación, pero solo el silencio del bosque le respondió.

Un crujido de ramas lo sobresaltó. Giró con cautela.

Entre las raíces del árbol, tambaleándose, un cachorro de pelaje negro y blanco lo observaba con una mezcla de esperanza y confianza.

El cachorro, pequeño y delgado, se acercó con pasos inseguros, moviendo la cola. Haktor se agachó y lo tomó en brazos. Sentir su calor lo reconfortó de una manera que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

—Te llamaremos Eco, ¿qué dices? —susurró mientras acariciaba su lomo.

Eco gimoteó suavemente y lamio su mano, como si aceptara el nombre.

Días después, el cachorro se había convertido en su sombra; lo seguía a todas partes y le devolvía algo que Haktor pensó que nunca recuperaría: la sensación de compañía y propósito.

Pero el misterio no había terminado.



Una tarde, mientras paseaban por el parque, Eco se detuvo en seco. Su actitud cambió. Dejó de corretear y jugar. Sus ojos se fijaron en una anciana sentada en una banca cercana.

La mujer tenía el cabello plateado y vestía un chal con bordados de hojas y estrellas. Sus ojos, profundos y brillantes, se clavaron en Haktor con una intensidad que lo dejó inmóvil.

De pronto, Eco se soltó de la correa y corrió hacia ella.

—¡Eco! —exclamó la anciana con una sonrisa llena de ternura. Se agachó para recibirlo, abrazándolo con la familiaridad de quien reencontra a un viejo amigo. Luego, levantó la vista hacia Haktor—. Gracias por cuidarlo. Este pequeño se había perdido, pero parece que el destino sabía exactamente a quién enviárselo.

Haktor sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Antes de que pudiera responder, la mujer se acercó y le colocó una mano en el hombro.

—Ella aún te guía, muchacho. Cuando llegue el momento, sabrás hacia dónde correr.

Sacó un pequeño objeto de su bolso y lo puso en su mano. Era un amuleto de metal, con un diseño que recordaba a las ramas de un árbol. Al sostenerlo, Haktor sintió la misma calidez que había experimentado al encontrar el collar de Goza. Miró a la anciana, pero ella solo le sonrió antes de volver a enfocarse en Eco.

—Cúidalo bien, Haktor —dijo ella, señalando el preciado metal—. Él estará contigo cuando más lo necesites.

Antes de que Haktor pudiera preguntar cómo sabía su nombre, la mujer se levantó y caminó hacia los árboles; Eco la seguía, obediente.

Al girar la esquina del sendero, ambos desaparecieron.

Haktor permaneció allí, con el amuleto en la mano y un torbellino de emociones en el pecho. Algo estaba cambiando.

Las señales no podían ser una coincidencia. Su conexión con Goza, Eco y ahora la anciana parecían piezas de un rompecabezas que aún no lograba comprender, pero que comenzaba a tomar forma.

Por primera vez en mucho tiempo, el vacío en su corazón se llenó de asombro y expectativa.

Y entonces, lo vio: el árbol.

Este se alzaba majestuoso, con su copa extendiéndose a lo largo de un vasto espacio, cubriendo todo con su sombra protectora, que se extendía a una distancia de 133.33 varas, de lado a lado. Sus ramas se entrelazaban en un laberinto natural que parecía desafiar la lógica. No tenía un solo tronco, sino varios que se fusionaban con la tierra, formando una base poderosa y viva.

La corteza, rugosa y de un café rojizo con matices cambiantes, estaba cubierta de musgo y líquenes en tonos verdes que brillaban sutilmente. Parecía tejido por las manos de un dios.

Haktor se acercó, maravillado.

El aire estaba impregnado de un olor fresco y húmedo que llenaba sus pulmones con una placentera vitalidad. Flores de todos los colores nacían directamente de las ramas, formando un mosaico cambiante. Pequeñas luces titilaban entre las hojas, como si el árbol ocultara un corazón luminoso en su interior.

Bajo sus ramas, Haktor vio abejas zumbando de flor en flor, diminutos insectos incandescentes y criaturas que parecían hechas de luz. Nunca antes había visto algo así. Se movían con gracia, algunos trepando entre las ramas, otros caminando sobre la tierra rojiza que rodeaba el árbol.

Entonces, sus ojos se posaron en algo que despertó su curiosidad y hambre.

Legumbres, frutas y setas de formas y colores variados brotaban en la base de los troncos. Sus tonos vibrantes parecían invitarlo a probarlas.

Llevaba horas sin comer.

Tomó una de las frutas y la llevó a su boca. El sabor fue tan intenso y exótico que, por un instante, sintió que cada bocado era un regalo.

Mientras comía, algo llamó su atención.

En la parte trasera del árbol, medio oculta entre las raíces, encontró una pequeña caja de madera y la tomó con cuidado. Era pequeña,

pero cada tallado en su superficie parecía contar una historia que solo el árbol conocía. Su madera tenía un brillo particular, como si estuviera impregnada de un antiguo poder.

Con voz grave y dulce, Haktor habló en voz alta, como si quisiera agradecer al árbol por aquella experiencia:

—¡Qué suerte la mía! Nunca imaginé encontrar un lugar tan maravilloso. Me hace sentir en casa... en paz. Aquí todo respira tranquilidad.

Se sentó bajo la sombra, con la caja entre las manos, disfrutando el momento. Sus ojos recorrían los vivos colores que las hojas reflejaban al moverse con la luz. Cada rama parecía estar cargada de una energía especial, como si el árbol estuviera vivo de una forma que iba más allá de lo físico. Los animales e insectos que habitaban aquel lugar lo fascinaban, y el viento que soplaba entre el follaje rozaba suavemente su piel, como una caricia cálida y reconfortante.

Mientras saboreaba los frutos y setas que había encontrado, una sensación luminosa recorrió su pecho.

Entonces lo entendió. Vio a Goza. Su risa, sus pasos, el último día juntos. Y comprendió que no la había perdido del todo. Ella había sido el puente que lo llevó hasta allí.

Haktor volvió su atención a la caja. Era singular. Al observarla con detenimiento, descubrió una pequeña palanca oculta entre los grabados. La giró con delicadeza. Haktor sintió un leve escalofrío recorrer su espalda, como si algo dentro de la caja despertara al contacto.

La caja se abrió y de su interior emergió una melodía peculiar, con notas que irradiaban una magia inexplicable. Los sonidos lo envolvieron, resonando en su mente y su corazón, como si cada acorde fuera un susurro de algo más grande, algo que apenas comenzaba a comprender.

Cerró los ojos y respiró profundamente.

—Gracias, Dios, por este lugar tan maravilloso —murmuró—. Por estos manjares... ya no soportaba el hambre.

La música seguía envolviéndolo, y poco a poco un intenso cansancio se apoderó de él. Bostezó y, sin darse cuenta, cayó en un sueño profundo. La música seguía envolviéndolo, y lo transportó a un plano mágico dentro de las sombras del árbol. Sintió que flotaba en un túnel de luces tenues. No había miedo, solo calma y armonía. Se veía a sí mismo desplazándose por un espacio que no entendía, pero que, de alguna forma, le resultaba familiar.

Lo que no imaginaba era que estaba a punto de recibir una gran misión, un mensaje nunca antes revelado en el siglo XXI.

Ese mensaje cambiaría el destino de las futuras generaciones.

Sería un regalo para la humanidad. Sería la oportunidad de elevar la conciencia colectiva, de provocar un cambio que transformaría el mundo.

Haktor vio una figura acercarse. Era una mujer de una belleza inigualable, de porte majestuoso y mirada profunda. A su lado, caminaba un imponente canino de gran tamaño, de pelaje blanco y musculatura poderosa. Lo reconoció de inmediato.

Era Lélape, el perro de la mitología griega, el cazador infalible, el que jamás perdía a su presa. Sus ojos, de un amarillo intenso, reflejaban un poder inmenso. Te paralizaban cuando te veían, te podían hacer sentir seguridad si eras su aliado, o pavor si fueras su enemigo.

La mujer que lo acompañaba no era otra que Artemis, la diosa de la naturaleza y los animales. Su presencia irradiaba tranquilidad, confianza y paz.

Se detuvo frente a Haktor y le habló con una voz serena, pero firme, como si cada palabra llevara el peso de un destino inevitable:

—Haktor, puedes estar tranquilo. —Él se estremeció—. El destino y el Universo te han elegido para conocer este mito que yace olvidado. Y más que eso, te han confiado una misión única, que solo tú puedes cumplir.

El joven alzó la vista, pero sus ojos estaban nublados por la confusión y el dolor. Su rostro reflejaba incredulidad. «¿De verdad estoy aquí? ¿Esto está pasando? Si alguien me lo contara, jamás lo creería», pensó.

Pestañeó varias veces y vio que todo era real.

—¿Yo? —susurró, apenas capaz de hablar. Luego, como si la carga de todo lo que sentía estallara en su interior, elevó la voz—. ¿Por qué yo, señora? ¡No puedo con esto hoy! Perdí a mi mejor amiga... —Su voz se quebró, el aire se volvió más pesado—. Goza... mi perra... mi compañera. Se fue de esta vida. ¿Cómo esperas que pueda ayudarte en algo? Estoy demasiado triste, desgastado... vacío. No soy la persona indicada para esta misión.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, impregnadas de desesperación.

Haktor bajó la cabeza, apretando los puños. Una oleada de emociones lo atravesó: tristeza, miedo, confusión. Sus pensamientos eran un torbe-

llino de preguntas sin respuesta. No podía aceptar lo que estaba ocurriendo, no cuando el peso del dolor aún lo mantenía atado a la pérdida.

Artemis se acercó con calma. Sus ojos brillaban con un misterio insondable. Se inclinó ligeramente y, con una voz que resonó como un bálsamo en el corazón de Haktor, le dijo:

—No temas, Haktor. Respira y encuentra la calma. Quiero que sepas algo importante... Goza está en un lugar mejor. —Haktor alzó la mirada lentamente, con los ojos llenos de lágrimas—. Ella está en otra dimensión —continuó Artemis—, un plano donde el dolor no existe, donde hay paz. Allí, Goza es feliz y agradece cada momento que compartió contigo. —La voz de la diosa era suave, pero cada palabra golpeaba el alma de Haktor como una ola de consuelo y desconsuelo a la vez—. Goza tiene un nivel de vibración muy alto. Su viaje no termina aquí, Haktor. Algún día, en otra vida, en otro tiempo, volverán a encontrarse.

Haktor cerró los ojos y dejó que las lágrimas fluyeran.

—¿Crees... que la volveré a ver? —preguntó, su voz rota, pero con un atisbo de fe.

Artemis sonrió con ternura.

—Lo sé, Haktor. El Universo siempre reúne lo que está destinado a encontrarse.

El silencio que siguió fue denso, pero lleno de significado. Por primera vez, Haktor sintió que su dolor tenía un propósito.

—Haktor —prosiguió Artemis—, estás aquí por una razón.

—¿Cuál? —preguntó él con un hilo de voz.

—Vas a comprender la misión de los perros en la Tierra. Llevarás un mensaje de estos pequeños avatares, maestros y sabios. Será la clave para un cambio en la humanidad.

Haktor la miró con asombro.

—Cuando completes esta misión —continuó la diosa—, recibirás los mensajes que serán indispensables para la evolución de los niños, los jóvenes y los jóvenes de corazón.

—¿Por qué yo? —preguntó Haktor, aún incrédulo.

—Porque el Universo vio en ti un espíritu indomable. Eres valiente, noble y fraterno con los seres humanos. Tu amor por los animales, en especial por los perros, te ha traído hasta aquí.

Artemis hizo una pausa y lo miró con intensidad.

—El mundo está en peligro. La humanidad ha perdido el rumbo,

Haktor. Han olvidado su conexión con la naturaleza y ha dejado que el miedo y la desconfianza nublen su esencia. Pero aún hay esperanza. La sabiduría del pasado es la clave para iluminar el futuro.

Haktor sintió una avalancha de emociones.

Algo profundo despertaba en su interior. Había llegado el momento de tomar una decisión. Y el destino de la humanidad dependía de ella.

El pecho de Haktor comenzó a oprimirse. Sus latidos retumbaban en sus oídos. Una oleada de paranoia lo invadía. Lo que antes parecía un llamado grandioso se convirtió, de pronto, en una carga abrumadora, un peligro desconocido.

El miedo lo tomó por sorpresa.

Sin pensarlo dos veces, giró sobre sus talones y echó a correr. Sus piernas temblaban mientras atravesaba el terreno bajo la inmensa copa del árbol, casi tropezando con las raíces que sobresalían del suelo. Cada paso se volvía más pesado que el anterior, como si algo invisible intentara detenerlo.

En su mente, comenzó a contar los pasos de manera automática: «uno, dos, 3...». Cada número sonaba como un susurro lejano en la vorágine de su pánico.

Cuando llegó al paso sesenta y 6, algo en su interior lo obligó a detenerse. Una energía inexplicable lo ancló al suelo. Era como si una fuerza, ajena pero extrañamente familiar, lo sujetara por el corazón. Su respiración fallaba, su cuerpo temblaba, y sin embargo, allí estaba, inmóvil, como si una voz silenciosa dentro de él le ordenara: *No huyas*.

El silencio se volvió casi ensordecedor.

Entonces, un sonido rompió la tensión: un ladrido.

Haktor se quedó petrificado. Era el ladrido de Goza. Claro. Inconfundible. Como si su fiel perra estuviera allí mismo, llamándolo desde algún rincón oculto del árbol.

—¿Goza? —susurró.

Otro ladrido. Más cercano.

Su corazón dio un vuelco. En ese momento, la paranoia se transformó en algo completamente distinto: una mezcla de asombro, esperanza y un miedo diferente, más profundo, pero también más cautivador. «Algo más grande que yo está sucediendo». Haktor lo sabía.

Con el alma en vilo, giró lentamente hacia el árbol, sus ojos escudriñando las sombras y la luz que danzaban entre las ramas. El miedo no

había desaparecido, pero ahora estaba entrelazado con una sensación que lo instaba a seguir, a no darse por vencido.

Goza lo había llamado. ¿Pero desde dónde? ¿Y por qué?

La respuesta parecía estar a pocos pasos, oculta entre los secretos que el árbol y Artemis guardaban.

Haktor cerró los ojos, tratando de calmar los latidos acelerados de su corazón. Luego, dio un paso hacia lo desconocido.

Un eco le respondió.

—¡Guau, guau, guau!

El sonido lo sacudió.

—¡Es Goza! —exclamó—. ¡La reconozco! ¡Está cerca!

Su mirada buscó desesperadamente algún indicio entre las sombras, hasta que se detuvo en un rostro.

Artemis lo observaba; sus ojos, serenos y llenos de conocimiento, irradiaban una certeza inquebrantable. Haktor sintió que todo en su interior se aquietaba; «Es lo que siempre he querido: saber más», pensó, y regresó lentamente junto a la deidad.

—Ella fue tu guardiana, Haktor —dijo Artemis con dulzura—. No solo te protegió; te preparó. El amor que compartiste con ella es la clave para cumplir tu misión. El Universo lo vio, y por eso te eligió.

Haktor tragó saliva, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿El elegido? —repitió, con incredulidad—. ¿Yo? Debes estar confundida... Apenas puedo mantener mi cuarto en orden.

Artemis sonrió con ternura. Haktor, sin embargo, quedó en silencio; «Goza nunca dudó en estar a mi lado, incluso cuando yo no lo merecía —reflexionó—. Si ella pudo darme todo, ¿cómo no voy a hacerlo yo ahora, cuando el Universo lo necesita?».

—Ahora estoy más que consciente de lo que me dices —dijo Haktor con firmeza—. Tus palabras han resonado profundamente en mi mente y en mi corazón. Comprendo que esto es algo de gran importancia, y estoy listo para escuchar este mito. —Respiró hondo—. Gracias por estar aquí conmigo —continuó—, y gracias al Universo por haberme elegido. Si estoy aquí, debe ser por una razón. —Se enderezó ligeramente, como si la decisión que acababa de tomar lo fortaleciera—. Estoy listo. Haré mi mejor esfuerzo para cumplir con lo que se me pide. —Por un instante, su expresión mostró una sombra de preocupación—. Pero hay algo que no puedo ignorar. —Bajó la voz—: Quisiera hacerte una pregunta...

¿Qué pasará con mi familia y mis amigos? —Su mirada buscó la de la diosa, esperando una respuesta que calmara el torbellino de emociones que llevaba dentro.

Artemis sostuvo su mirada con suavidad.

—No te preocupes, ellos estarán bien.

Haktor exhaló, aliviado.

—Pero te advierto algo —continuó Artemis—: debes completar el viaje; de lo contrario, todo esto... se desvanecerá como un sueño.

Haktor sintió un escalofrío. No imaginaba, ni entendía, que el tiempo para los dioses era muy distinto al de los mortales.

—Haktor —repitió Artemis; su voz resonaba como un eco que parecía venir de todas partes y de ninguna—. Tú serás el encargado de transmitir este mito a las futuras generaciones.

Haktor permaneció en silencio, asimilando la magnitud de esas palabras.

—Estos mensajes y conocimientos —continuó la diosa— son la llave para que la humanidad recupere su conexión con las leyes universales y con la sabiduría del pasado. Sabiduría que, aunque permanece vigente, ha sido olvidada. —Hizo una pausa. Su mirada se clavó en él, intensa, solemne—. Cuando los humanos vuelvan a entender esto... Cuando recuerden que la mitología no es solo historia, sino el origen mismo de sus civilizaciones, y que la filosofía es una herramienta para cuestionar y pensar con claridad... —Artemis dio un paso adelante—. Solo entonces alcanzarán un nivel superior de conciencia. Esa será la clave para su supervivencia, su crecimiento y para trascender como especie. —Su voz vibró con gravedad—. El mito que te voy a contar no es solo un relato, Haktor. Es una guía. —Se inclinó levemente hacia él—: A través de este conocimiento, la humanidad podrá redescubrir su esencia y construir con conciencia un futuro que trascienda lo que hoy es.

Haktor la escuchó con el corazón palpitante.

—En lo más profundo de la mitología griega, más allá del Olimpo, existe un mundo guardado por el tiempo y separado del conocimiento mortal. Este reino, olvidado incluso por los dioses, es un entramado de territorios rodeados de lugares fantásticos y misteriosos, con cielos que cambian según las emociones de quienes los contemplan. Aquí habitan civilizaciones de seres mágicos, guardianes del equilibrio universal, enigmáticos sabios y maestros que existen en dimensiones ocultas den-

tro del mismo mito. Allí conocerás historias que jamás han llegado a oídos humanos. Pero para que eso ocurra, es crucial que las escuches, las vivas y las lleves contigo. Porque el destino te ha elegido.

Haktor sintió cómo las palabras de Artemis calaban profundo en su espíritu. Una mezcla de asombro, responsabilidad y un leve miedo lo invadió. Su mente intentaba aferrarse a la realidad, pero su cuerpo comenzaba a experimentar algo extraño, como si las leyes del mundo físico ya no lo sujetaran.

De repente, todo a su alrededor cambió. Su ser se desdoblaba. Dejaba atrás su yo terrenal. Una sensación de ingravidez lo envolvió mientras ascendía entre nubes blancas y algodonadas que parecían extenderse hacia el infinito.

Desde allí, su perspectiva se expandió. Podía ver en todas direcciones. Un panorama de 360 grados se desplegaba ante él, revelando un mundo desconocido, vibrante y lleno de energía.

Artemis lo observaba con atención.

—Pon atención, Haktor —dijo con voz firme—. El mito que voy a compartir contigo es desconocido para la mayoría, pero encierra verdades que pocos han logrado comprender.

Haktor flotaba en esa dimensión, atrapado entre lo real y lo fantástico.

Respiró profundamente. Su corazón latía con fuerza.

Pero estaba listo. Listo para escuchar, para aprender y para aceptar la misión que, ahora comprendía, era mucho más grande que él mismo.

Y ASÍ EMPEZÓ LA HISTORIA (EL NACIMIENTO DE ESTRUDELUZ)



Era el día 3 del mes 3 del año 3033 a. C. cuando, en el Monte Olimpo, uno de los seres más queridos por los dioses, Pegaso, el caballo alado, trotaba por las playas de la isla de Corfú.

Mientras avanzaba por la arena, sus ojos se posaron en un objeto brillante que flotaba entre las olas. Se trataba de un estrud, una ostra de extraordinaria belleza, originaria de los mares de las islas celtas, entre Hispania y la Galia. Su brillo singular resaltaba sobre la espuma del mar. La marea la deslizaba suavemente hacia la orilla, reflejando destellos dorados en el agua.

Pegaso sintió una extraña fascinación. Galopó sobre la arena húmeda, atravesando la bruma marina, mientras la luna iluminaba su silueta. Sobre su lomo, el reflejo de las estrellas danzaba con cada movimiento de sus poderosas alas.

Con el alba tiñendo el cielo y anunciando el amanecer, Pegaso llegó hasta la ostra. La observó con curiosidad y, con gran delicadeza, la tomó entre sus patas. Sin dudarlo, extendió sus alas y se elevó en el aire, disfrutando de la inmensidad del cielo nocturno.

Desde las alturas, divisó el Monte Olimpo, la morada de los dioses. Con un relincho y el poderoso batir de sus alas, Pegaso anunció su llegada a los aposentos de Zeus.

Zeus, al escuchar el ruido, frunció el ceño y exclamó con voz imponente:

—¡Hola, Pegaso! ¿Qué es tan importante para que llegues tan temprano y con tanta alegría?

El caballo alado relinchó con entusiasmo y empujó suavemente el estrud hacia el interior del palacio.

Zeus lo observó con admiración.

—¡Gracias, Pegaso! Has traído un regalo digno de los dioses.

El dios supremo tomó la ostra y la colocó sobre un pedestal de mármol blanco.

En ese momento, Hera, la esposa de Zeus, se acercó. Sus ojos se posaron en la ostra con asombro.

—Pegaso, ¡qué extraño hallazgo! —comentó Zeus—. Estas ostras provienen de mares lejanos, de las aguas de la Galia e Hispania. ¿Cómo ha llegado hasta nuestras playas? —Esbozando una sonrisa, añadió—: Es un obsequio maravilloso.

Pegaso repiqueteó el suelo con sus cascos, orgulloso de su hallazgo, y se quedó junto a los dioses para contemplar la misteriosa ostra.

El amanecer avanzaba lentamente, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados. Los primeros rayos del sol rozaron la superficie del estrud, haciendo que su brillo aumentara de forma deslumbrante.

Entonces, algo asombroso sucedió.

Ante la mirada atónita de los dioses, la ostra comenzó a abrirse lentamente. Zeus y Hera intercambiaron una mirada de asombro. Pegaso agitó sus alas con expectación.

Finalmente, la concha se abrió por completo; en su interior, dormía un pequeño cachorro de pelaje blanco, con un pelo terso y brillante. Sus orejas largas eran de color caoba, al igual que el manto que cubría su lomo. En su espalda, 3 marcas blancas en forma de estrella se repetían en su pecho. En la punta de su cola, un mechón de pelo blanco resaltaba con un brillo especial.

Hera se llevó una mano al pecho.

—¡Mira qué criatura tan adorable! No podría haber mejor regalo.

Zeus asintió con aprobación.

—Es realmente hermoso... pero, ¿de dónde ha venido? —preguntó él con desconfianza.

Hera lo contemplaba con ternura, su expresión maternal reflejaba un cariño inmediato. Pegaso, a su lado, inclinó la cabeza con curiosidad.

—Habrá que agradecer al Universo por este regalo —dijo Hera.

Zeus frunció el ceño, aún tratando de comprender la aparición del misterioso cachorro.

—Convocaré a los dioses que se encuentren en el Olimpo para dar a conocer este presente —declaró el dios—; deben verlo y otorgarle sus dones.

El señor del Olimpo golpeó el suelo con su cetro y proclamó:

—¡Te daremos un nombre! Por haber nacido de un estrud y con los primeros rayos de luz del amanecer, serás Estrudeluz, el dios perro del Olimpo.

Hera acarició la cabeza del cachorro con delicadeza y murmuró:

—Es un presente del Universo... pero su verdadero origen permanecerá como un misterio, incluso para los dioses.

Zeus observó al pequeño ser y, tras unos segundos, afirmó:

—Y serás el mejor amigo de los dioses, así como de los pueblos que me veneran. —Un instante después, su voz resonó con fuerza—: ¡Yo te concedo el don de la inmortalidad!

Hera tomó al cachorro en brazos con especial cariño y añadió con dulzura:

—Yo te concedo la lealtad, la inteligencia y el don de comunicarte con todos los seres vivientes de la Tierra. Serás el mejor amigo del hombre. A través de ti, aprenderán los valores universales de la amistad y el amor incondicional. —Luego, colocó nuevamente al cachorro dentro de la ostra, que ahora parecía servir de cuna, y lo acarició suavemente.

Zeus, con una mirada solemne, alzó su cetro y proclamó con voz potente:

—¡Dioses del Olimpo! ¡Acérquense a conocer este regalo del Universo! —Su voz retumbó en el Olimpo y más allá de sus fronteras.

El destino de Estrudeluz estaba a punto de comenzar.



Los dioses que se encontraban en el Olimpo comenzaron a llegar al palacio con una entrada deslumbrante. Cada uno irradiaba un aura majestuosa. Su imponente presencia, belleza y la elegancia de sus vestimentas los hacían resplandecer mientras avanzaban por el gran salón.

Entre los invitados se encontraban Afrodita, diosa del amor; Ares, dios de la guerra; Atenea, diosa de la sabiduría y la estrategia; Apolo, dios de la luz y el sol; Artemisa, diosa de la caza y los nacimientos; Hermes, dios del comercio; Deméter, protectora de la fertilidad, y Hefesto, dios de la forja y la metalurgia.

Pero la mayor sorpresa fue la presencia de Hades, señor del inframundo. Por razones desconocidas, Zeus había decidido invitar a su hermano. Todos los dioses intercambiaron miradas de asombro, pues la presencia de Hades solía traer consigo intrigas y conflictos. «Zeus debe tener sus razones», pensaron.

Intrigado, Hades se acercó al cachorro.

Con una sonrisa maliciosa y en un susurro apenas audible, murmuró: —Espero verte entrar y salir del inframundo con frecuencia.

Nadie más escuchó sus palabras... o eso creyó.

Zeus, de reojo, captó la escena y esbozó una leve sonrisa. «Lo ha dicho... y al decirlo, le ha otorgado un don», pensó; porque eso era precisamente lo que Zeus pretendía al invitar a Hades.

El palacio del Olimpo no solo había convocado a los dioses. También estaban allí los Titanes y héroes, aliados y familia de los olímpicos.

Afuera, en los jardines, se congregaron faunos, Minotauros, caballos alados, querubines y otros seres místicos. Nadie quería perderse aquel evento trascendental.

No cabía duda: aquel era un día especial. Todos estaban allí para honrar la llegada de Estrudeluz.

Zeus levantó su cetro y, con voz potente, declaró:

—Dioses del Olimpo, les pido que iluminen a este dios perro, un obsequio del Universo. Él será parte de nosotros y tiene una misión que le ha sido encomendada. El tiempo y los designios del cosmos nos revelarán su propósito.

Los dioses formaron un círculo ceremonial alrededor del cachorro. Levantaron las manos y, de sus palmas, comenzaron a emanar suaves rayos de luz de distintos colores. El ambiente se volvió irreal.

Las luces brillaban en el aire, envolviendo la sala con un resplandor etéreo. Susurros suaves se mezclaban con destellos luminosos. Se percibían sonidos que superaban las fuerzas de la naturaleza, pero en total armonía. El aire se impregnó de aromas florales, mientras una brisa cálida recorría la sala, erizando la piel de todos los presentes.

El cachorro, en el centro del círculo, contemplaba el espectáculo con asombro. Su mirada reflejaba la emoción del momento.

«Es como si la energía misma del Olimpo lo estuviera envolviendo», pensaron los dioses. Estrudeluz estaba recibiendo los dones del Olimpo; pero solo con el tiempo aprendería a usarlos. Tendría que descubrirlos, dominarlos y entender el momento preciso en que debía utilizarlos. Serían indispensables para cumplir su destino... un destino aún incierto.



Nadie sabía con certeza de dónde había venido ni por qué el Universo lo había enviado. Lo único claro era que había sido recibido con alegría y admiración por los dioses del Olimpo.

Estrudeluz creció rodeado de amor y protección. Se convirtió en la alegría del Monte Olimpo, explorando sus rincones con entusiasmo y libertad. Siempre estaba bajo el cuidado de Pegaso, quien lo guiaba en sus travesuras. También lo protegían otros seres del Olimpo. Sin embargo, su vida cambiaría cuando conociera a dos amigos que marcarían su destino.

Una mañana, siendo aún un cachorro, Estrudeluz salió del palacio y llegó a los jardines, donde comenzaban los bosques sagrados del Monte Olimpo.

Disfrutaba de la naturaleza, observando las aves y escuchando su canto. Entonces, un sonido diferente llamó su atención. Una melodía vibrante y alegre flotaba entre los árboles.

Estrudeluz, intrigado, brincó sobre unos arbustos para descubrir su origen; desde una pequeña colina, divisó a dos figuras. Una era una joven centauride, de torso humano y cuerpo de caballo; tenía una expresión radiante y soplabla un caracol de mar, produciendo un sonido envolvente. El otro era un pequeño fauno, con torso humano y patas de cabra; tocaba una flauta dulce, acompañando la melodía con un ritmo armonioso. Bailaban con alegría al compás de la música.

Ambos estaban completamente inmersos en su danza. Estrudeluz los observaba maravillado... hasta que resbaló por la ladera.

—¡Ayyy...! ¡Sssshhfff!

Rodó cuesta abajo, sin control.

Los dos jóvenes dejaron de tocar y se giraron, sorprendidos. Lo único que vieron fue a un cachorro blanco rodar ladera abajo, rebotando entre la hierba y los arbustos.

Estrudeluz iba directo hacia ellos.

Primero abrieron los ojos con sorpresa y levantaron las cejas. Permanecieron boquiabiertos, mudos. Luego, estallaron en carcajadas. Se acercaron, lo observaron con curiosidad y, entre risas, se presentaron.

—¡Hola! Yo soy Luminai, princesa, hija del rey de los centauros de la casa Zoryanova

—¡Hola! Yo soy Lukat, hijo del rey de los faunos de la casa Thymirov

Estrudeluz levantó la cabeza con orgullo y, con su mejor tono solemne, respondió:

—Yo soy Estrudeluz, Perro Dios del Olimpo, hijo de... —Se quedó en silencio. Su mente quedó en blanco—. Hummm... —No sabía qué decir. —Finalmente, carraspeó y exclamó—: ¡Bueno! Pues... dicen que soy un dios perro... y que vengo del Universo.

Lukat y Luminai volvieron a reír.

—Ja, ja, ja, ja, ja...

Lukat lo miró con picardía y comentó:

—Creo que te falta mucho para ser un dios, ¡por la forma en la que aterrizaste aquí!

—¡No te burles, Lukat! —intervino Luminai, defendiendo al pequeño Estrudeluz.

Lukat alzó las manos con una sonrisa traviesa.

—Solo bromeaba. Ya habíamos oído sobre tu llegada, pero aún no te conocíamos.

—Vayamos a ese árbol —propuso Luminai—. Podemos comer algo y platicar.

Los 3 se sentaron en círculo y compartieron sus historias.

Estrudeluz les contó sobre su llegada al Olimpo y cómo apenas había comenzado a explorar los alrededores.

—En realidad, me siento muy solo —confesó—. No me falta nada, pero no tengo con quién hablar ni jugar. Apenas recuerdo a mis padres... Es como si solo los tuviera en sueños. Me abandonaron cuando era muy pequeño.

Luminai y Lukat sintieron un nudo en la garganta. Ella, con los ojos vidriosos, lo miró con profunda comprensión.

—Tenerlos en sueños ya es algo increíble —dijo con voz suave—. Mi abuela siempre dice que los sueños nos guían y nos impulsan en la vida. —Bajó la mirada—. Yo... yo también perdí a mi madre.

Estrudeluz y Lukat guardaron silencio.

Luminai tomó aire y continuó:

—Ella era una valiente princesa guerrera. Murió en una batalla épica hace 3 años... Recuerdo la última vez que la vi antes de que partiera a la guerra contra las fuerzas del mal. —Tragó saliva—. Me abrazó y me dijo cuánto me amaba. Pasamos la noche recordando momentos felices. En el fondo, supe que tal vez no regresaría. Y así fue... Desde entonces, tengo un vacío en el corazón. A veces, siento que el tiempo no quiere que sane esa herida. —Sus ojos se humedecieron, pero sonrió con melancolía.

Los 3 se tomaron de las manos en un silencio compartido.

Lukat parpadeó varias veces, intentando contener sus emociones, pero una lágrima rodó por su mejilla. Finalmente, con la voz entrecortada, encontró el valor para hablar:

—Mi padre también murió en esa batalla. —El aire se volvió pesado—. Recuerdo lo feliz que fui con él. Me enseñó tantas cosas... a disfrutar la naturaleza, a pescar, a disparar el arco, a escuchar historias. Era un gran guerrero... y quiero ser como él. —Hizo una pausa y sonrió con tristeza—. Nuestros abuelos nos criaron con amor, pero... nuestros padres siempre nos harán falta.

Las palabras de Lukat resonaron en los corazones de Estrudeluz y Luminai.

En ese momento, entre lágrimas compartidas y abrazos reconfortantes, entendieron que no estaban solos. Cada uno llevaba consigo un

miedo al abandono... pero también tenían la determinación de honrar el legado de sus padres.

Luminai, con una sonrisa cálida, apretó sus manos y susurró:

—Gracias por compartir su historia y por escucharme. Sé que el destino nos unió por una razón.

Estrudeluz sintió que su soledad se desvanecía.

—Me alegra tenerlos como amigos.

—No... somos más que amigos —dijo Lukat, esbozando una sonrisa. Luminai asintió—. Somos amigos que son familia.

Los 3 se miraron con complicidad. Un lazo inquebrantable acababa de formarse.

De pronto, un cuerno de llamado resonó en el aire, potente y vibrante.

—¡Es hora del baño! —anunció Lukat, poniéndose de pie de un salto.

—¡Ven con nosotros! —dijo Luminai, mirando a Estrudeluz.

El cachorro dudó.

—¿Yo... podré?

—¡Claro que sí! —respondió Lukat, empujándolo suavemente con el hombro.

Cruzaron una loma y, tras una hilera de árboles, llegaron a un manantial de aguas cristalinas. Era un lugar mágico. El agua resplandecía con tonos azulados. A su alrededor, las rocas estaban cubiertas de musgo y flores silvestres. La brisa traía el aroma fresco del bosque y el perfume de la vegetación.

Varios centauros y faunos de distintas edades disfrutaban del agua, sumergiéndose bajo la cascada y jugando entre las corrientes. Estrudeluz se detuvo en la orilla.

—No quiero meterme... —dijo, retrocediendo.

Luminai insistió varias veces, pero Estrudeluz se negaba.

Lukat sonrió con picardía. Sigilosamente, rodeó al cachorro y, sin que lo viera venir...¡lo empujó! Estrudeluz cayó al agua de un chapuzón.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Te lo ganaste! —exclamó Lukat, riendo.

Luminai se unió a las carcajadas.

—¡Eso te pasa por dudar!

Estrudeluz emergió, riendo con ellos.

Entonces, Lukat frunció el ceño, observando el pelaje mojado de Estrudeluz.

—Mira, Luminai...

—¿Qué pasa?

—Él tiene 3 estrellas en el cuerpo... iguales a las que tenemos tú y yo. Luminai lo miró con asombro.

—Es cierto... Pero tú tienes una estrella, yo dos y él 3 Lukat sonrió.

—No puede ser coincidencia —dijo Luminai, mirándolo con complicidad.

—No, no lo es... —concluyó Lukat.

Los 3 se miraron en silencio, y al mismo tiempo, exclamaron:

—¡Somos el Trío Maravilla! —Rieron juntos.

Aquella tarde fue inolvidable.

Desde ese día, el Trío Maravilla se volvió inseparable. Juntos recorrieron las explanadas del Olimpo y los bosques de los dioses, donde disfrutaban de la música, el baile y la alegría de cantar. Se aventuraban entre los árboles; jugaban y exploraban, aprendiendo de las ardillas cómo trepar los troncos con agilidad. Incluso Luminai intentó hacerlo, encajando sus 4 pezuñas en la corteza. No le resultaba tan divertido como a Estrudeluz y Lukat, pero no quería quedarse atrás. También amaban jugar en los arroyos cercanos, mojándose sin preocupación.

Una tarde, mientras descansaban bajo la sombra de un árbol, Estrudeluz propuso:

—Oigan, ¿por qué no jugamos con los demás niños? Me los presentan y tal vez nos divirtamos más.

Luminai y Lukat intercambiaron una mirada significativa.

Lukat inclinó la cabeza hacia Luminai y le preguntó en voz baja: —¿Se lo decimos? Se ve de confiar... y buen amigo.

—Sí, ¿por qué no? —respondió ella—. Ya somos 3 amigos.

Lukat miró a Estrudeluz y, tras respirar hondo, comenzó a hablar: —Verás, amigo... Yo, para mi edad, soy muy chaparro. Los otros faunos se burlan de mí todo el tiempo. Me hacen bromas pesadas, intenté ser su amigo, pero solo me molestaban más. Al final, terminé alejándome. —Suspiró, pero sonrió con resignación—. Mi abuelo dice que no me preocupe, que no ha habido un fauno que no crezca. «Algún día te llegará el momento», me dice, «y mientras tanto, recuerda que la grandeza y la inteligencia se miden de la cabeza al cielo». Ja, ja, ja.

Estrudeluz sonrió con él.

Entonces, Luminai tomó la palabra:

—A mí me pasa lo contrario. Soy la más grande y fuerte de las centauros de mi edad, y también se burlaban de mí por eso. Corro más rápido

que todas y... en lugar de admirarlo, se reían. —Bajó la mirada—. Mi abuela me dice que seré una gran princesa guerrera y que no me fije en quienes me molestan. Pero, igual que a Lukat, me hicieron llorar muchas veces. Me alejé de mi grupo y pasé mis días con los animales del bosque. —Miró a Lukat con cariño—. Hasta que un día nos encontramos... y nos dimos cuenta de que tener la misma herida nos hizo hermanos.

Estrudeluz los observó con emoción.

—¡Qué alegría me da haberlos encontrado! —exclamó—. Yo me sentía muy solo... En el palacio del Olimpo no hay niños, no tengo con quién jugar ni con quién hablar sobre lo que siento. —Suspiró—. Zeus y Hera me cuidan, pero... no es lo mismo. —Levantó la mirada y, con una sonrisa, agregó—: Pero ahora ya los tengo a ustedes.

Luminai sonrió y, con un brillo en los ojos, propuso:

—A partir de hoy, seremos amigos que son familia.

Lukat levantó sus manos juntando los pulgares y el índice formando un 3 con los dedos que a la hora de juntarlos se volvía el signo de infinito y un 33, mostrando así la señal de fraternidad. Luminai hizo lo mismo e invitó a Estrudeluz a unirse. El pequeño cachorro levantó su pata y, como pudo, imitó el gesto. En ese instante, sellaron un pacto que los uniría para siempre.

—Mi abuelo me enseñó esta señal —dijo Lukat—, y ahora es nuestra.

Estrudeluz había encontrado su hogar.

—¡Bienvenido al grupo, Estrudeluz! —exclamó Lukat.

El sol comenzó a ocultarse tras las colinas.

Estrudeluz miró el cielo anaranjado y exclamó:

—¡Ya está atardeciendo! Debo regresar al palacio. Si no, Zeus y Hera me regañarán.

Lukat asintió.

—Te buscaremos mañana.

—Sí, te llevaremos a conocer todos nuestros lugares secretos —agregó Luminai.

Estrudeluz se despidió con entusiasmo y tomó la vereda de regreso.

A mitad del camino, algo le hizo detenerse; a pocos metros de él, sentado sobre una roca, había un enorme gato dorado. Su mirada era profunda y enigmática. Estrudeluz sintió un escalofrío. El gato no apartaba los ojos de él.

El cachorro tragó saliva y, con paso cauteloso, siguió avanzando.

Cuando pasó junto a él, el felino habló con tono pausado y enigmático:

—Así que... tú eres.

Estrudeluz se quedó inmóvil.

El gato continuó:

—Tú y yo tendremos que hablar... en su momento. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos—. Aún no entenderías. Eres demasiado joven.

El cachorro sintió un escalofrío. Instintivamente, bajó la cabeza y pasó agachado frente al extraño felino.

Cuando avanzó unos pasos, volteó... pero el gato había desaparecido.

El miedo se apoderó de él. Sin pensarlo, corrió a toda velocidad hacia el palacio de los dioses.



Un día, Estrudeluz caminaba junto a Hera por los alrededores del Monte Olimpo. La diosa lo condujo hasta unos jardines donde él nunca había estado antes.

Con un elegante movimiento, levantó su mano y, ante sus ojos, aparecieron 3 veredas. Al final de cada una, se alzaban 3 escaleras de piedra, cubiertas de plantas y flores de diversos colores. Se detuvieron frente a ellas.

Hera posó su mirada en el cachorro y dijo con solemnidad:

—Estrudeluz, creo que ha llegado el momento. Ya eres un joven cachorro con la capacidad de aprender más sobre el mundo y el conocimiento de los pueblos del Peloponeso.

Señaló las escaleras y explicó:

—Observa. La escalera central te permitirá viajar en el tiempo presente; podrás descender a las ciudades que conforman el Peloponeso, conocer su gente y aprender cómo viven. —Estrudeluz asintió, fascinado—. Por la escalera de la izquierda, viajarás al pasado. Podrás ver estas mismas ciudades en épocas antiguas, y descubrir su evolución y la historia de sus habitantes. —Los ojos del cachorro se abrieron con asombro—. Y, por último... —Hera señaló la escalera de la derecha—, esta te llevará al futuro, hasta el año 333 después del año 0.

—¡Guau! —exclamó Estrudeluz—. ¡Esto es increíble! No puedo esperar para contárselo a mis amigos.

Pero la diosa sacudió la cabeza con firmeza.

—No, jovencito. Ni Luminai ni Lukat podrán usarlas. Estas escaleras son solo para ti. —Estrudeluz parpadeó, sorprendido—. Ellos ni siquiera podrán verlas, pues no conocen este jardín secreto —continuó Hera—. Es un don especial que el Universo te ha concedido.

Estrudeluz miró las escaleras con expectación.

—Hera... ¿qué significa el año o?

La diosa esbozó una sonrisa.

—Buena pregunta. El año o marca un cambio de era. Representa la llegada de un avatar o una deidad enviada por el Creador del Universo. —Hizo una pausa antes de continuar—: En el futuro, conocerás a Jesús, un ser de luz que vendrá a hablar a los hombres sobre el amor. Más adelante, comprenderás su importancia... así como la de otros avatares que el Universo enviará.

Estrudeluz escuchó con atención y luego preguntó:

—¿Debo hacer algo especial para viajar en el tiempo?

Hera asintió.

—Las escaleras solo funcionan dentro de las ciudades del Peloponeso. Al descender, encontrarás bifurcaciones que te guiarán según el lado que elijas.

—¿Y cómo elijo a qué ciudad ir?

—Antes de bajar, debes pensar en el nombre de la ciudad que deseas visitar. La escalera sabrá cómo llevarte.

Estrudeluz movió la cola con emoción.

—¡Esto es increíble!

—Recuerda que siempre debes regresar al Olimpo antes del atardecer. El cachorro inclinó la cabeza.

—¿Y cómo vuelvo?

—De la misma manera que llegaste. Las escaleras estarán esperándote en el mismo lugar, pero solo tú podrás verlas.

Hera extendió su mano al cielo y luego la posó sobre la cabeza de Estrudeluz.

—Dentro de 11 lunas llenas, estarás listo para usar este don. Asegúrate de aprovecharlo bien.

Faltaban 333 días para la luna llena, y Estrudeluz sentía una mezcla de nervios y emoción por lo que estaba por venir. Mientras tanto, su vida en el Olimpo continuaba.

Cada día regresaba al palacio para reunirse con Zeus y Hera. Desde la gran terraza, observaban juntos la puesta de sol y despedían la luz del día. Al amanecer, repetían el ritual.

Se decía que los dioses se alimentaban de la luz del sol, llenándose de energía con sus primeros y últimos rayos. En esos momentos, agradecían lo bueno y lo malo de cada jornada.

Después, cada uno continuaba con sus actividades o se retiraba a descansar.

Fuera del palacio, Estrudeluz pasaba tiempo con Luminai, Lukat y sus familias, quienes lo acogían con cariño y lo trataban como a un hijo más.

No solo lo cuidaban, sino que también lo regañaban cuando era necesario. Con el tiempo, le transmitieron enseñanzas y valores. Sin embargo, cuando regresaba a mitad del día, el cachorro solía pasear por los alrededores del Olimpo. Le encantaba hablar con los animales que encontraba, escuchar sus historias y compartir momentos con ellos.

A veces, se acercaba a las aldeas humanas y observaba con curiosidad la vida de sus habitantes. Se preguntaba cómo sería convivir con una familia canina como la suya. Y entonces, inevitablemente, le asaltaban los pensamientos de abandono; se cuestionaba, una y otra vez: «¿Por qué no tengo una mamá y un papá, como Luminai o Lukat?», «¿Por qué debo ser un perro dios?», «¿Por qué no tengo una familia como estas?», «¿Dónde está mi verdadera familia?», «¿Quiénes son? ¿Cómo serían? ¿Por qué me dejaron solo?». Estos pensamientos lo entristecían.

Cuando se sentía así, miraba el cielo nocturno y disfrutaba de contemplar las estrellas en silencio. Las veía brillar y sentía que, de alguna manera, alguien lo observaba desde el firmamento. No podía explicarlo, pero esa sensación lo acompañaba siempre. No sabía que, en otra dimensión, Haktor y Artemis lo vigilaban. Ellos lo protegían desde el mundo de los dioses... pero Estrudeluz aún no lo comprendía. Todo lo que sabía era que, en las noches, alzaba la vista y se perdía en su propia imaginación. Y en su corazón... seguía anhelando respuestas.

DE JÓVENES (LOS NÚMEROS DEL DESTINO)



El tiempo pasó y Estrudeluz creció. Ya no era un cachorro. Ahora tenía el tamaño y la fuerza de un joven lobo, ágil e intrépido, tan rápido como el viento, de nobleza inigualable y una inteligencia asombrosa. Su carácter era alegre y curioso. Le gustaba convivir con todos los seres vivientes que habitaban en los alrededores del Monte Olimpo. Podía conversar con un reptil, una ardilla, un ave o un ratón. Disfrutaba aprender de cada criatura y, en ocasiones, intentaba imitarlas, lo que siempre terminaba en risas y diversión.

Amaba la naturaleza y recorría libremente toda la península del Peloponeso. Le fascinaba bajar a los poblados de Grecia; se acercaba a los perros mortales, hablaba con ellos y se enteraba de cómo era su vida con los humanos.

Desde su llegada al Olimpo y su nombramiento como perro dios de los pueblos del Peloponeso, la convivencia entre los hombres y los animales había cambiado. Los perros ya no eran solo guardianes o cazadores. Se habían convertido en compañeros de vida. El respeto por los animales creció, y el maltrato fue disminuyendo hasta que los perros pasaron a formar parte de las familias. Estrudeluz se sentía orgulloso de haber contribuido a ese cambio.

Sin embargo, había algo que inquietaba a Estrudeluz. Con frecuencia, divisaba a lo lejos un gato café dorado que lo observaba fijamente. A veces intentaba acercarse, pero el felino desaparecía como si se lo tragara la tierra. Había algo en su presencia que le recordaba al misterioso gato que lo había asustado cuando era un cachorro. ¿Sería el mismo?

Un día, mientras caminaban por el bosque, Estrudeluz lo vio de nuevo. Se detuvo en seco y exclamó:

—¡Miren! ¿Recuerdan que les hablé del gato que me apareció cuando era pequeño? Ahí está.

Luminai y Lukat dirigieron la vista hacia donde señalaba.

—Pues vamos con él —dijo Lukat, decidido.

Comenzaron a avanzar, pero el gato se dio la media vuelta y desapareció entre los árboles. Los 3 amigos se miraron con confusión. Sin pensarlo, lo siguieron.

El bosque estaba en un silencio extraño; solo se oía el murmullo del viento entre las hojas.

Y entonces, de repente... una mujer apareció frente a ellos. Vestía una túnica marrón con capucha. Su cabello blanco caía en mechones sedosos sobre su rostro. Sus ojos, profundos y enigmáticos, los observaban con calma.

—Acérquense —dijo con voz serena—. No tengan miedo. Es un honor verlos... y poder darles un regalo del Universo.

Los 3 amigos intercambiaron miradas de incertidumbre.

Finalmente, Luminai preguntó:

—¿Quién eres?

La mujer sonrió con suavidad.

—Mi nombre es Ysabelik. —Hizo una pausa y los miró con detenimiento—. Represento la abundancia en el Universo.

Estrudeluz sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—¿Un regalo del Universo...?

Ysabelik asintió.

—Para recibirlo, necesito que me digan cuándo nacieron: el período, el día y, si lo saben, el año.

Los 3 amigos se miraron entre sí. Estrudeluz fue el primero en hablar:

—Yo nací el día 27 del período 11... pero no sé en qué año. Solo sé que salí del estrud.

Luminai tomó aire y respondió:

—Yo nací el día 11 del período 9... tampoco sé el año.

Lukat, con expresión intrigada, agregó:

—Y yo, el día 24 del período 3... pero tampoco sé el año.

Ysabelik sonrió con ternura.

—No se preocupen. El Universo lo sabe... y nos lo revelará.

La mujer alzó las manos y, con un gesto sutil, convocó una energía luminosa.

Números de distintos colores comenzaron a flotar en el aire. Danzaban lentamente entre los árboles, brillando con una luz tenue y creando un espectáculo mágico de sombras y destellos. Ysabelik sacó de su bolsa un mazo de barajas antiguas.

—Tomen una y pónganla sobre su frente.

Los 3 obedecieron. Tan pronto como las cartas tocaron su piel, los números flotantes se dirigieron hacia ellos. El primero en recibir su

número fue Lukat; un 11 resplandeciente descendió y se posó en su frente. Luego, un 22 se formó en el aire y se dirigió hacia Luminai. Por último, dos números 3 se unieron en el cielo, formando un 33, y descendieron hasta Estrudeluz.

Luminai, aún sosteniendo la baraja sobre su frente, preguntó con curiosidad:

—¿Y qué significan estos números?

Ysabelik sonrió con misterio.

—No son solo cantidades. —Hizo una pausa y miró a cada uno con intensidad—. Son símbolos de vibración, reflejos profundos de la existencia. —Los 3 amigos guardaron silencio, atentos a sus palabras—. El Universo les ha asignado estos números porque representan el nivel más elevado de responsabilidad. —Su voz resonó en el aire como un eco lejano—: Portarlos les otorga un rango espiritual alto, pero también los enfrentará a los desafíos más grandes.

Estrudeluz tragó saliva.

—¿Qué significa eso...?

Ysabelik mantuvo su mirada firme.

—Significa que su destino es servir a los demás para el bien del mundo. —Volteó hacia Lukat—. Tú serás un maestro Luminai. —Luego miró a Luminai—. Tú, una maestra constructora. —Por último, su mirada se posó en Estrudeluz—. Y tú... un maestro sanador. —El cachorro sintió un escalofrío—. Estos números serán una guía en su destino —continuó Ysabelik—. Los verán en su camino una y otra vez... y cada vez que los encuentren, recordarán lo que están destinados a hacer.

Luminai respiró hondo y dijo:

—¿Podrías explicarnos más sobre su significado?

Ysabelik hizo una pausa y, luego... su figura comenzó a desvanecerse como un espejismo.

Los 3 amigos intentaron acercarse, pero antes de que pudieran reaccionar, su voz resonó en la distancia:

—*Lo sabrán... en su camino.*

El viento agitó las hojas. Los números flotantes desaparecieron en un parpadeo y, en el aire, quedó solo un silencio profundo... lleno de promesas y misterios.

EL SABER PENSAR: LA TRIADA DE LA SABIDURÍA



Cada vez que Estrudeluz descendía del Monte Olimpo hacia los poblados del Peloponeso, se sentía fascinado por la vida de los humanos. Según su conocimiento, aquella era la región que conformaba la antigua Grecia, con sus imponentes ciudades, templos y foros, donde el pensamiento florecía.

Le encantaba pasear por sus calles y sentarse a escuchar a los hombres sabios, quienes compartían su conocimiento con niños y jóvenes discípulos. Allí, Estrudeluz comenzó a comprender distintas formas de pensamiento. Se maravillaba con la manera en que los humanos cuestionaban su existencia, debatían sobre la ética y ejercitaban el arte del discernimiento para tomar decisiones y ver la vida desde diversas perspectivas.

Aprender era una de las mayores pasiones de Estrudeluz. Le fascinaba escuchar, observar y, sobre todo, preguntar.

En cierta ocasión, mientras paseaba por los jardines de Atenas, vio a un grupo de niños y jóvenes reunidos bajo la sombra de un olivo milenario.

Al acercarse, escuchó a uno de ellos saludar con respeto:

—Buenos días, maestro Sócrates.

Intrigado, Estrudeluz se sentó bajo el árbol para oír la conversación. El tema de aquella lección llamó su atención: hablaban sobre los vicios y las adicciones, y cómo estas alejaban a las personas de una vida plena.

No pudo contener su curiosidad y, rompiendo el silencio, preguntó:

—Maestro Sócrates, ¿qué es una adicción y por qué es mala?

El sabio sonrió ante la inesperada intervención del perro divino y respondió con paciencia:

—Una adicción es cuando te vuelves dependiente de algo hasta perder el control sobre tu vida. —Hizo una pausa antes de continuar—: Por ejemplo, algunos abusan de los juegos de canicas o de la bebida. Aquí en Atenas, hay quienes se obsesionan tanto con los dados, que descuidan a sus familias, sus estudios y sus responsabilidades.

Estrudeluz movió las orejas con interés.

—¿Y cómo podemos evitar caer en las adicciones?

Sócrates lo miró con aprobación.

—El equilibrio es la clave. Podemos disfrutar de los juegos, pero sin olvidar nuestras obligaciones. —Su voz resonaba con sabiduría—. Practicar deportes, adquirir nuevos conocimientos y rodearnos de buenas compañías nos ayuda a mantenernos ocupados y alejados de hábitos que pueden volverse destructivos.

Otro joven levantó la mano y preguntó:

—Maestro, ¿por qué algunos se vuelven adictos y otros no?

Sócrates reflexionó un momento antes de responder:

—Algunas personas tienen más dificultades para controlar sus emociones y deseos. —Hizo una pausa—. Otros se dejan llevar por las malas influencias o no saben cómo manejar situaciones difíciles. —Miró a su audiencia con seriedad—. Sin embargo, aquellos que se rodean de buenos amigos, practican hábitos saludables y buscan ayuda cuando la necesitan, logran tomar mejores decisiones.

Estrudeluz asintió y planteó una última pregunta:

—¿Y cómo podemos ayudar a alguien que ha caído en una adicción?

La expresión de Sócrates se volvió aún más solemne.

—Lo primero es escuchar sin juzgar —respondió—. Hay que mostrar comprensión y ayudar a la persona a encontrar un mentor o alguien de confianza que pueda guiarla. —Miró a cada uno de sus alumnos—. Invitarlos a actividades que les devuelvan el sentido de la vida también es clave. Leer, hacer ejercicio, conectarse con la naturaleza o involucrarse en la comunidad son formas de ayudarlos a reencontrarse consigo mismos.

Los discípulos asintieron con respeto.

Al finalizar la conversación, todos le agradecieron y prometieron poner en práctica sus enseñanzas en su vida diaria. Estrudeluz también se despidió y emprendió el camino de regreso al Olimpo. El sol, mientras tanto, comenzaba a descender en el horizonte.



Desde otra dimensión, Haktor observaba la escena junto a Artemis.

—Me impresiona cómo los problemas parecen ser los mismos en todas las épocas —comentó, pensativo—. Sócrates hablaba del vino y los juegos de azar, pero en mi tiempo... las adicciones son el juego digital, el alcohol y las redes sociales. —Sacudió la cabeza con frustración—. Los jóvenes siguen perdiéndose en ellas de la misma forma.

Artemis lo miró con serenidad.

—Eso es parte de la naturaleza humana, Haktor —le sostuvo la mirada con sabiduría—, pero en cada época, siempre hay quienes escuchan, quienes reflexionan y quienes cambian. —Puso una mano en su hombro—. Tu tarea no es arreglarlo todo, sino inspirar a quienes están listos para despertar.

Haktor suspiró y asintió lentamente.

—Así es, Haktor —intervino Hera, apareciendo en la conversación—. Tendrás que cuestionarte para ver qué puedes aprender de este viaje.



Esa misma noche, Hera se acercó a Estrudeluz.

—Estrudeluz, en 3 lunas comenzará la Tríada del Saber.

El perro levantó la cabeza con interés.

—¿Y qué es la Tríada del Saber?

—Son 3 días sagrados en los que los sabios del pensamiento enseñan a niños y jóvenes a aprender a pensar y a desarrollar su sabiduría interna.

Estrudeluz movió la cola con entusiasmo.

—¿Y en qué nos ayudaría?

Hera sonrió con aprobación.

—Cuando una persona reflexiona y profundiza en sus pensamientos, su inteligencia se expande. —Se sentó junto a él y continuó—: Quien sabe discernir y evaluar la información no puede ser manipulado ni engañado. Aprende a tomar sus propias decisiones y a pensar con libertad.

Estrudeluz parpadeó con curiosidad.

—¿Y qué es la filosofía?

La diosa lo miró con picardía.

—Mejor baja por las escaleras y descúbrelo tú mismo.

Estrudeluz se enderezó.

—¿Bajaré por las escaleras del tiempo?

—Así es.

Hera señaló el horizonte.

—Durante esos 3 días, descenderás cada mañana y regresarás al atardecer.

—¿Por cuál escalera debo bajar?

—Siempre por la escalera del centro. —Hera sonrió y agregó—: Solo di en voz alta: «Llévame a la Tríada del Conocimiento».

Estrudeluz respiró hondo y afirmó con determinación:

—Así lo haré —afirmó Estrudeluz con determinación.



Llegó el día de la tercera luna y, al amanecer, Estrudeluz se encaminó al jardín de las escaleras. De repente, Luminai y Lukat aparecieron ante él. Estrudeluz se sorprendió y, por un instante, quedó paralizado. No sabía qué decirles, ya que Hera no le había aclarado si podía llevar compañía o debía asistir solo.

—¡Hola, madrugador! ¿A dónde vas, Estrudeluz? —preguntó Lukat.

—Pues miren, Hera me pidió que fuera a la tríada del conocimiento. Ni yo sé exactamente a qué voy, no lo tengo claro. Solo sé que debo ir para aprender sobre filosofía —contestó Estrudeluz.

—¿Y de verdad piensas ir solo y sin nosotros? —exclamó Luminai.

—Pues... no sé. ¿Les gustaría venir? —preguntó Estrudeluz, intentando persuadirlos al advertirles que tal vez sería aburrido, pero no logró disuadirlos.

—¡Por supuesto! Siempre es bueno aprender cosas nuevas —respondió Luminai con entusiasmo.

—Bueno, pues síganme. Tenemos que ir a un jardín detrás del palacio —dijo Estrudeluz.

Cuando llegaron al jardín, observaron las 3 escaleras con asombro.

—¡Órale! No conocíamos este lugar. ¿Y cuál escalera tomaremos? —preguntó Lukat.

—Hoy tomaremos la de la derecha. La de la izquierda nos lleva a las poblaciones del Peloponeso y nos transporta al pasado. La del centro nos conduce al presente. Hera dijo que, para la tríada, tomara la del centro y que, al entrar, solo dijera: «Llévame a la tríada del conocimiento» —explicó Estrudeluz.

Se encaminaron hacia las escaleras del centro.

—¿Están listos? Ni yo sé exactamente con qué nos encontraremos —les dijo Estrudeluz.

Los 3, emocionados y llenos de curiosidad, se detuvieron frente a las escaleras. Se miraron entre sí y comenzaron el descenso. En cuanto

pisaron el primer escalón, este se iluminó con un brillo especial. Las escaleras se veían majestuosas, como si las invitaran a emprender un viaje hacia un destino desconocido. En sus rostros se reflejaba la emoción, acompañada de una sonrisa nerviosa.

El viento sopló con fuerza, anunciando el inicio del viaje. Conforme descendían, el cielo cambiaba de color con destellos vibrantes. Unas notas musicales flotaban en el aire e indicaban que algo extraordinario estaba ocurriendo. Un aroma a flores silvestres invadió sus sentidos, envolviéndolos en un éxtasis casi embriagador, transportándolos a tierras lejanas.

De repente, una luz dorada bañó el descenso, apaciguándolo, como si el sol les diera la bienvenida a aquel misterioso lugar del conocimiento. Los 3 amigos se juntaron en un abrazo, sintiendo que este viaje los unía aún más. Sabían que estaban lejos de casa, pero estaban a punto de embarcarse en una gran aventura.

Finalmente, llegaron al final de la escalera y se encontraron con una vereda que los llevó a un exuberante valle verde. Se miraron entre sí, aliviados y asombrados por lo que veían. Ante ellos, un jardín resplandeciente con imponentes construcciones de mármol blanco.

En el centro del jardín había un pequeño teatro al aire libre con gradas. Jóvenes y niños vestidos de blanco ocupaban algunos asientos. En el podio, un hombre mayor, de cabello y barba blanca, vestía una túnica marrón.

Los 3 amigos entraron en el teatro. El hombre los miró con atención y les hizo una señal para que se acercaran y tomaran asiento. Mientras descendían, los jóvenes y niños los observaban con curiosidad. No era común ver a un perro, una centauride y un joven fauno en la tríada del conocimiento.

Sin embargo, los recibieron con agrado y cordialidad.

—Buenos días, jóvenes. Bienvenidos. Han llegado justo a tiempo para empezar —dijo el hombre con voz firme y pausada—. Soy Sócrates, y hoy seré quien les imparta estas charlas sobre el conocimiento y la sabiduría. Siéntense y pónganse cómodos, porque ha llegado el momento de comprender la importancia de la filosofía. —Se acomodó la túnica y los miró con seriedad antes de continuar—: Los felicito por estar aquí. Puede que al principio les cueste entender estos conceptos y que, incluso, lleguen a aburrirse. Pero les aseguro que lo que les compartiré

es breve y valioso. Y les diré algo más: aquellos que presten atención y comprendan lo que aprenderemos hoy serán sobresalientes en sabiduría, en comparación con quienes decidan no intentarlo.

Uno de los niños presentes levantó la mano con curiosidad y preguntó:

—¿Qué es la filosofía?

Sócrates sonrió y respondió:

—Escuchen bien, jóvenes. La filosofía significa *amor por la sabiduría*. Es un don que nos permite acceder a nuestra inteligencia infinita y a nuestro conocimiento interno. Nos conecta con la verdad y con el todo del Universo. Nos ayuda a estudiar y comprender diversas problemáticas, a explorar nuestra mente, la ética, los valores, la conciencia, la moral, el lenguaje y la belleza. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: La filosofía nos enseña a observar y a establecer un pensamiento racional. Nos permite organizar el conocimiento de la realidad y comprender la forma en que los seres humanos interactuamos. Nos ayuda a cuestionar diferentes ideas y a llegar a acuerdos a través del diálogo. Es así como alcanzamos la sabiduría universal. Gracias a la filosofía, encontramos maneras de afrontar los desafíos de la vida, comprender la naturaleza y aceptar nuestras propias imperfecciones.

Lukat, intrigado, levantó la mano.

—¿Y de quién aprenderemos todo esto? ¿Podría explicarnos qué son los valores y la ética? —preguntó.

Antes de que Sócrates pudiera responder, Luminai le dio un leve puntapié a Lukat y, en voz baja, le susurró:

—¡Es el maestro! No seas tonto, piensa antes de preguntar.

Sócrates soltó una leve risa y respondió con paciencia:

—Lukat, déjame explicarte. La ética es el conjunto de principios y normas que nos ayudan a distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Es la base sobre la que decidimos nuestro comportamiento. Por ejemplo, ser justos y respetuosos con los demás.

»Los valores, en cambio, son los principios y creencias que guían nuestras acciones y decisiones. Te daré algunos ejemplos. En ética, uno de los valores más importantes es la honestidad: decir siempre la verdad, incluso cuando es difícil. Otro es la justicia: tratar a todos de manera equitativa, sin distinciones injustas.

»En cuanto a los valores, uno fundamental es la responsabilidad, que implica cumplir con nuestras obligaciones y deberes. Por ejemplo, cuidar de nuestros hermanos o de nuestras mascotas, asegurándonos de que estén bien alimentadas y aseadas. Otro valor es la generosidad: compartir lo que tenemos, ya sean alimentos, juguetes o nuestra ayuda con quienes lo necesitan.

Sócrates miró a Lukat con amabilidad y concluyó:

—Espero que ahora lo tengas más claro.

Estrudeluz levantó la mano, ansioso por hacer otra pregunta.

—¡Sócrates! ¿Cómo nos hace libres la filosofía?

—¡Sí! —añadió otro estudiante—. ¿De qué manera nos libera?

Sócrates esbozó una sonrisa y, con voz serena, respondió:

—La filosofía les da la libertad de pensamiento y los libera del miedo. Cuando logran controlar sus pensamientos, alcanzan un estado de conciencia que los guía hacia la sabiduría. —Hizo una pausa y luego continuó—: Sé que muchos de los presentes no sabían exactamente a qué venían, solo que debían acudir a la tríada del conocimiento. Pero no se preocupen, esto es algo maravilloso. Cuando se sumerjan en sus mentes, entenderán de qué les hablo.

—¡Se oye complicado! —expresó un joven del grupo a Sócrates.

—Déjenme explicarles, no es complicado. La idea de estudiar filosofía y lo que quiero transmitirles hoy es despertar su curiosidad y fomentar el pensamiento crítico. Mi intención es darles herramientas para entender mejor el mundo en el que vivimos. Si aprenden desde niños y jóvenes, serán personas responsables, comprensivas y, sobre todo, libres de pensamiento —les dijo Sócrates al grupo.

—¿Y cómo podemos aprender a solucionar situaciones o problemas que nos pone la vida? —preguntó Luminai.

—Mira, Luminai, les daré algunos puntos en los que la filosofía ayuda a los seres humanos a crecer. Primero, desarrolla el pensamiento crítico y analítico. Esto los ayudará a cuestionar y analizar tanto las ideas de otros como las suyas propias —respondió Sócrates.

—¿Como qué tipo de preguntas o ideas podríamos hacernos? —preguntó Estrudeluz.

—Por ejemplo, pueden preguntarse sobre cuestiones fundamentales: la existencia, el bien y el mal, la verdad... Reflexionar sobre estos temas con amigos, familiares o personas cercanas promueve el pensa-

miento crítico. Es como cuando practican un deporte: cuanto más lo ejercitan, mejores se vuelven en ello —les explicó el sabio.

—¿O sea que, mientras más lo practiquemos, podremos descubrir conceptos o ideas desde diferentes puntos de vista? —preguntó Estrudeluz.

—¡Exactamente, mi querido amigo! Esto los llevará a desafiar la información que reciben y a no aceptar ciegamente lo que muchos consideran una verdad absoluta. Lo más importante es que no se dejen influenciar sin antes haber reflexionado.

—Por ejemplo, podríamos cuestionar el bien y el mal —exclamó Lukat.

—Por supuesto. La filosofía les da una base sólida para entender la ética y la moral dentro de una sociedad. Como niños y jóvenes, deben explorar estos conceptos para comprender la diferencia entre el bien y el mal de manera reflexiva. Desde el momento en que se lo cuestionan, ya están filosofando. Esto les dará herramientas para tomar decisiones bien informadas, basadas en sus valores personales y su forma de pensar, que proviene de su propia sabiduría interior —les explicó Sócrates.

Lukat, intrigado, levantó la mano.

—Por ejemplo, ¿cómo sabemos qué es el bien y el mal? —preguntó con curiosidad.

Sócrates sonrió.

—¡Esa es una gran pregunta! La filosofía nos brinda herramientas para reflexionar y comprender conceptos fundamentales, como el bien y el mal. Ustedes, como jóvenes, tienen la oportunidad de explorar estas ideas. Al preguntarse qué es correcto e incorrecto, ya están iniciando su camino en la filosofía. —Hizo una pausa y los miró con atención—. Cuando aprenden a reflexionar, pueden tomar mejores decisiones, basándose en lo que consideran justo y correcto. Todo eso proviene de su propia sabiduría interior, de lo que ya saben en el fondo de su corazón. ¡Y eso es lo maravilloso de filosofar! —concluyó Sócrates.

En ese momento, un niño se levantó y preguntó:

—Hola, mi nombre es Platón. O sea, ¿la filosofía nos ayuda a entender cómo somos como personas?

—Así es, Platón. Podrás cuestionarte sobre tu propósito en la vida, sobre quién eres y sobre la naturaleza humana. Preguntar y razonar es lo más importante en filosofía. Cuanto más te cuestiones, más cerca

estarás de conocerte a ti mismo. Eso te permitirá crear metas importantes y planear tu futuro, con base en tu percepción y en las enseñanzas de otros pensadores. A partir de ahí, obtendrás tus propias respuestas. ¿Quieres agregar algo, Platón? —preguntó Sócrates.

El niño se quedó pensativo por un momento y luego exclamó:

—¡Sí, caray! ¡Solo sé que no sé nada!

Sócrates sonrió, divertido.

—Acabas de decir una frase muy interesante. No te preocupes, pronto entenderás su verdadero significado —dijo, riendo.

Todos rieron con él. No imaginaban que aquella frase se recordaría por generaciones.

Sócrates continuó:

—Así es, Platón. Pero la filosofía no solo se trata de encontrar respuestas, sino de aprender a formular mejores preguntas. La capacidad de hacer preguntas creativas es fundamental. Cuantas más preguntas se hagan, más conocimiento recibirán. —Hizo una pausa antes de proseguir—: Cuestionar los problemas desde diferentes perspectivas permite encontrar soluciones innovadoras. Por eso, la creatividad al plantear preguntas es muy importante.

—¿Y esto lo podemos hacer solos o con amigos? —preguntó Luminai.

—Por supuesto. En filosofía, el diálogo es esencial. Compartir ideas con otras personas mejora la comunicación y el pensamiento reflexivo. Al discutir temas filosóficos, aprenden a exponer sus ideas con claridad y respeto. También adquieren habilidades para escuchar activamente y comprender diferentes puntos de vista. La filosofía nos enseña a construir puentes para una mejor comunicación —expresó Sócrates.

—Entonces, ¿la filosofía nos puede ayudar a evitar la violencia y las guerras? —preguntó Estrudeluz.

—Así es. Filosofar nos conecta con la comprensión de otras culturas y periodos históricos. Esto nos lleva a apreciar la diversidad de los pueblos y civilizaciones. Ustedes, como jóvenes, desarrollarán empatía y tolerancia hacia diferentes formas de pensar y de vivir. La filosofía fomenta la comprensión cultural sin límites —les explicó Sócrates.

El sabio pidió a los jóvenes y niños que se reunieran en grupos y conversaran sobre lo que habían aprendido. Les indicó que salieran al campo, se organizaran en grupos de 4 y eligieran a un representante

por equipo. Luego, de esos representantes, seleccionarían a uno para compartir con todos las conclusiones de su discusión.

Después de un buen rato, Sócrates pidió que todos se acercaran.

—¿Listos? ¿Quién será el encargado de compartir el mensaje de lo que han comprendido? —preguntó Sócrates.

El grupo señaló a Estrudeluz. Él se acercó al maestro y, con voz firme, se dirigió a todos:

—Hemos llegado a la conclusión de que la filosofía es fundamental desde que somos niños y jóvenes, porque nos ayuda a convertirnos en ciudadanos responsables y comprensivos. Nutrir nuestra mente a través de la curiosidad, el cuestionamiento y el pensamiento crítico nos permite explorar la ética en la que vivimos y fomenta nuestra creatividad. A través de la filosofía, nos preparamos para enfrentar los desafíos de la vida y, sobre todo, aprendemos a cuidar nuestro planeta y la naturaleza, siempre con una mente abierta y dispuesta a reflexionar. Gracias a todos por escuchar.

—Muy bien, Estrudeluz. Y gracias a ustedes —respondió Sócrates. —El maestro se dirigió al grupo con una última reflexión—: Jóvenes, llévense la tarea de reflexionar, pensar y discernir sobre todo lo que hemos hablado hoy. Rodéense de personas con las que puedan filosofar; eso los hará grandes seres. El mundo necesita pensadores como ustedes. Me despido, nos veremos en la próxima tríada del conocimiento.

Todos los jóvenes se pusieron de pie y aplaudieron a Sócrates durante un minuto.

En otro plano, Haktor observaba a los jóvenes desde la distancia, su mirada atravesaba la barrera entre dimensiones. Aunque ellos no podían verlo, sentía que sus palabras debían llegar a algún lugar. Se volvió hacia Artemis con un tono grave pero reflexivo.

—En mi mundo y mi época, hay lugares donde la filosofía ha desaparecido casi por completo, Artemis. Países enteros donde la gente acepta todo sin cuestionarlo. Y claro, eso le conviene a los poderosos; es más fácil controlar a quienes no se hacen preguntas. —Haktor caminó lentamente, como si el peso de sus pensamientos lo abrumara—. Mira a estos jóvenes. No pueden verme, pero siento la chispa en sus corazones, esa curiosidad que aún no ha sido apagada. ¿Te das cuenta? Si tan solo entendieran que tienen el poder de pensar por sí mismos... podrían cambiarlo todo. —Se detuvo y alzó la mirada hacia el horizonte, como si

hablara al Universo—. Si alguno de ellos se atreviera a preguntarse por qué las cosas son como son, qué significa realmente el bien y el mal... Entonces comenzarían a filosofar. Y al hacerlo, encontrarían una fuerza que ni siquiera los gobernantes más tiránicos podrían quebrantar: el pensamiento libre. —Volvió a mirar a Artemis, su expresión resuelta—. Por eso debemos inspirarlos, aunque no puedan oírnos. Aunque nuestras palabras sean susurros entre dimensiones, esas ideas tienen que llegar. Porque la verdadera revolución no empieza con una espada, sino con una pregunta.

—Oigan, es hora de regresar. Se nos hace tarde. Tengo que estar en el palacio del Olimpo antes del atardecer, si no, Zeus se molestará —les dijo Estrudeluz.

Se apresuraron corriendo hacia las escaleras e iniciaron el ascenso con la misma destreza con la que habían descendido. Al llegar, se despidieron y le pidieron a Estrudeluz que les avisara cuando volviera a bajar. Luego, cada uno se dirigió a su hogar.

Esa noche, después del atardecer, con Zeus y Hera en la terraza del palacio, los dioses se retiraron, y Estrudeluz se quedó solo en el balcón, contemplando el cielo. Era una noche especialmente bella: la luna, en forma de uña, se posaba en el horizonte y las estrellas brillaban con intensidad. Como siempre, disfrutaba del momento, suspirando entre pensamientos y emociones. De repente, vio una nube en el espacio que parecía una constelación lejana, con un brillo especial. Se sintió observado, como si percibiera algo diferente, aunque extrañamente familiar.

—¿Quién eres? Otra vez te siento cercano y vigilante. ¿Eres mamá o papá? —preguntó Estrudeluz, dirigiendo la vista hacia aquella nube de estrellas.

—¡Artemis, ya nos vio! ¿Qué va a pasar? —preguntó Haktor.

—Nada. No va a pasar nada. Solo siente una presencia, pero está confundido. Sus pensamientos empezarán a construir historias sobre las cicatrices emocionales de su pasado. Sin embargo, a partir de hoy, sentirá nuestra presencia —respondió Artemis a Haktor.



Al día siguiente, los 3 amigos se reunieron y comenzaron a hablar sobre la experiencia. Pronto, el diálogo se tornó filosófico: empezaron a

cuestionarse, a debatir y a compartir sus reflexiones con otros jóvenes. Querían transmitir lo que habían aprendido de Sócrates.

—¡Guau! Es increíble poder compartir la enseñanza de cuestionar y filosofar —dijo uno de ellos—. Oigan, en la próxima luna bajaremos de nuevo por las escaleras a la Tríada del Conocimiento. Recuerden que esto es entre nosotros: salimos por la mañana y regresamos antes del atardecer —les recordó Estrudeluz.

A la mañana siguiente, los 3 llegaron al jardín secreto del palacio y descendieron por la escalera, reviviendo la misma experiencia anterior. Al llegar a la Tríada del Conocimiento, notaron que los maestros eran distintos. La mitad de los niños y jóvenes eran nuevos, mientras que algunos ya los habían visto antes. Los recién llegados los observaban con asombro, pero los 3 amigos, siempre amables, los saludaban con una sonrisa. Los maestros llevaban túnicas diferentes, y todos los jóvenes vestían de blanco. El lugar seguía siendo el mismo, aunque el clima era más frío.

Una vez sentados, se levantó el maestro de mayor edad y, dirigiéndose a todos, se presentó:

—Hola, jóvenes. Soy Zenón de Citio y vengo a compartir con ustedes los fundamentos de esta filosofía, que les ayudará a vivir en paz y a encontrar la felicidad interior. Antes, la filosofía era exclusiva de unos pocos, pero hoy debe ser para todos los niños y jóvenes del planeta. Las civilizaciones crecen y con ellas nacen muchos deseos que generan sufrimiento, porque alimentan el ego y la ambición.

Como siempre, Estrudeluz levantó la mano y preguntó:

—Maestro, mi nombre es Estrudeluz. ¿Nos podrías explicar, desde tu filosofía, qué es el ego y qué es la ambición?

Zenón sonrió y respondió:

—Intentaré darles ejemplos para que puedan identificarlos y discutirlos entre ustedes, así harán crecer su propia sabiduría. Empecemos con el ego. Cuando están en un grupo de amigos o familiares y juegan juntos, si deseas destacar y ser el mejor en todo, si te sientes mal cuando otro te gana o logra más puntos, si te molesta no ser el líder del grupo o que no te admiren, si sientes celos o envidia cuando alguien tiene algo nuevo y deseas tener lo mismo o mejor, eso es ego.

—Entonces, ¿es lo mismo que la ambición? —preguntó Estrudeluz con curiosidad.

—No —respondió Zenón—. El ego es un exceso: sentirte el más importante, ser muy orgulloso, creerte superior a los demás y buscar admiración constante. Cuando dejas que el ego te domine, te vuelves vanidoso y arrogante, y las críticas o comparaciones te afectan. Todos tenemos ego, pero debemos aprender a controlarlo y convivir con él.

»Ahora les explicaré la ambición. La ambición es el deseo de alcanzar objetivos y metas sin compararse con los demás ni buscar la admiración de otros. Es una motivación interna y un impulso para superarse. Se trata de crecer como persona y hacer el bien a uno mismo o a los demás. Para ello, se requiere determinación y perseverancia.

—Maestro Zenón, soy Luminai. Aún tengo dudas sobre el bien y el mal. Escucho conceptos como bien y mal, blanco y negro, energía negativa y positiva, etc. A veces me parece que la justicia no es tan blanca ni tan negra, y eso me confunde. Una vez, presencié cómo mi padre le quitó la vida a un ser extraño que entró a nuestro hogar armado. Antes de que pudiera hacernos daño, mi padre le disparó una flecha.

—¡Qué buena pregunta, Luminai! —respondió Zenón—. En efecto, aunque existen acciones claramente buenas o malas, en ocasiones se presentan circunstancias donde la línea entre ambos extremos se difumina; podríamos decir que hay tonos grises. Muchas veces, la intención puede ser buena, pero la acción puede generar un resultado inesperado. Por ejemplo, decir la verdad es algo positivo, pero si se expresa de manera desconsiderada, puede herir a otra persona.

»Tomar decisiones puede ser complicado, pues entran en conflicto valores y principios éticos. Imagínate que tienes un buen amigo y lo ves tomando algo que no es suyo. Sabes perfectamente a quién pertenece ese objeto. En ese momento, enfrentas un dilema: si lo denuncias, podrías perder su amistad, y si no lo haces, estarías ignorando una injusticia. Aquí es donde aparece la justicia gris: en lugar de acusarlo directamente, podrías hablar con él y convencerlo de devolver lo que tomó. Así, has actuado con justicia, pero sin necesidad de una confrontación directa.

—¡Sí! Eso es exactamente lo que yo haría en esa situación —respondió Luminai, asintiendo.

—Así es, Luminai. La justicia no siempre es blanca o negra; tiene diferentes matices —afirmó Zenón.

—¿Y qué sucede cuando estamos en combate y debemos eliminar al enemigo? —preguntó Lukat.

—Ahí también se aplica la justicia gris —contestó Zenón—. En este caso, estás tomando una decisión de justicia en función de tu supervivencia o la de tu pueblo. Otro ejemplo: imagina que alguien armado entra a tu casa con la intención de lastimar a tu familia. Sabes que matar es algo malo, pero en ese caso, esa persona representa un peligro inminente para tus seres queridos. Actuarías en defensa propia, movido por tus valores y tu ética. No actuarías desde el mal, sino desde la necesidad de proteger a quienes amas. Sin embargo, siempre es mejor intentar dialogar y alcanzar un acuerdo antes de recurrir a la violencia. —Luego, Zenón preguntó a todos los jóvenes presentes:—¿Les ha quedado claro?

—¡Sí, muy claro! —respondió Luminai.

A partir de ese momento, el concepto de justicia quedó anclado en Luminai. Sin embargo, Estrudeluz y Lukat aún no lo comprendían del todo.

—Bien, ahora les hablaré sobre los principios de la filosofía estoica —continuó Zenón—. Ustedes deberán reflexionar sobre ellos y aplicarlos en su vida.

»El primer principio es la virtud: deben ser amables y justos. Por ejemplo, si ven que molestan a un compañero, ayúdenlo.

»El segundo es el valor: deben decir la verdad, aunque puedan meterse en problemas.

»El tercero es la paciencia: si están en una fila, esperen su turno sin impacientarse.

»También es importante aprender a competir sin preocuparse demasiado por ganar o perder, valorar la amistad por el simple hecho de disfrutarla sin esperar nada a cambio y estar conformes con lo que se tiene sin desear más de lo necesario.

»Deben aceptar el destino y adaptarse a la naturaleza. Si llueve, en lugar de enojarse por el cambio de planes, pueden hacer barquitos de papel y jugar con el agua. Tener una actitud positiva es clave.

»Aprendan de sus errores para mejorar sus acciones y acepten la derrota cuando ocurra. Controlen sus emociones y no permitan que los acontecimientos externos los desequilibren. Sepan escuchar a los demás y decidan con sabiduría antes de actuar. Guíense por la razón universal.

»Estos son los principios que deberán estudiar y cuestionar. Recuerden: hagan preguntas, reflexionen y busquen respuestas. —Zenón los

miró con serenidad antes de continuar—: Es posible que esta charla les haya parecido lenta o poco entretenida, pero les aseguro que, si aplican estos principios, encontrarán una paz y una felicidad internas, tal como propone el estoicismo.

»Con esta plática, cerramos la Tríada del Conocimiento. Nos volveremos a ver en 11 lunas llenas.

Finalmente, Zenón se despidió, estrechando la mano de cada uno de los niños y jóvenes presentes.

Y PASÓ EL TIEMPO...



ESTRUDELUZ



LUKAT



LUMINAI



ALBAT ABUELA LUMINAI



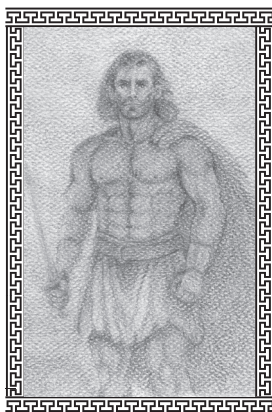
OTHAR PAPA LUMINAI



VELMIRA MAMÁ LUKAT



QUEIRONT



HÉRCULES



EL VIAJE ODISEA DE HÉRCULES...